

DESAFÍOS DE LOS COLEGIOS DE IDEARIO CATÓLICO

No son tiempos fáciles para la EDUCACIÓN con mayúsculas. La crispación en el debate público, la ideologización sesgada en las decisiones políticas, la bajada de la natalidad que amenaza la supervivencia de muchas escuelas de la triple red, o los resultados mediocres en las pruebas internacionales de competencias académicas que revelan un estancamiento en la mediocridad de nuestro país son un problema de todos, también nuestros. A esto se añade en las Escuelas Católicas, el avance inexorable de una fuerte secularización. Aunque en nuestro país sigue habiendo una religiosidad difusa que se mantiene en determinadas costumbres y creencias sociales, la pertenencia activa y explícita a la comunidad eclesial baja cada vez más... ¿Será la añoranza por tiempos más fáciles un lastre para hacer un análisis valiente de nuestra realidad educativa? Anclarse en viejas fórmulas, defenderlas como definitivas, reclamar una vuelta a los viejos tiempos, no nos va a ayudar a responder a una realidad que muchas veces nos desconcierta y no admite recetas fáciles. Siempre es más fácil decir lo que no funciona, lo que hay que dejar de hacer, que encontrar caminos eficaces. Y esa incertidumbre provoca miedo al cambio necesario... pero también vivimos un momento de una intensidad excepcional y creatividad de iniciativas y experiencias que se están llevando en muchos lugares y muchas de nuestras escuelas se han convertido en referentes de calidad educativa. Necesitamos un estilo audaz para descifrar el escenario educativo que nos toca vivir.

En la preparación de este congreso hemos repasado muchos desafíos sociológicos, pedagógicos, organizativos y pastorales que comparto plenamente, y me gustaría contribuir a la reflexión de los 2 siguientes:

1. DE 'MÚLTIPLES TITULARIDADES' A UNA 'TITULARIDAD ECLESIAL'

La mayoría de las Escuelas Católicas han sido la herencia de la entrega de miles de hombres y mujeres en sus congregaciones, asociaciones e instituciones religiosas y diocesanas, que respondieron con prontitud y generosidad a la llamada a evangelizar educando y educar evangelizando en los entornos más vulnerables. Hoy la carencia de vocaciones ha supuesto un cambio en el modo en el que se dirigen las escuelas y ha provocado el incremento de la responsabilidad pastoral de los laicos y la necesidad de compartir los carismas fundacionales de forma creativa. A la vez, las escuelas viven una presión creciente hacia la mejora de su calidad educativa y el compromiso con la innovación pedagógica y esta exigencia será aún mayor si queremos generar un contexto que dé mayor credibilidad a la misión a la que hemos sido llamados. Necesitamos pasar de concebir los carismas como propiedades particulares a una 'titularidad eclesial' que nos permita abordar de forma creativa una reestructuración de las obras educativas que pivote alrededor de los territorios diocesanos, priorizando la presencia de una oferta sostenible de educación católica en cada rincón del país.

A diferencia de muchos otros países, los conciertos educativos, pese a sus carencias, han hecho posible la extensión de la oferta de nuestro modelo educativo a muchísimas familias, pero pueden desaparecer más pronto de lo que pensamos. Por eso nos enfrentamos a un desafío profundo no solo organizativo, sino de apuesta por incrementar la conciencia eclesial de todos los miembros de las comunidades cristianas de la importancia esencial de la educación para la evangelización y la oportunidad pastoral que supone la existencia de cada escuela para la transmisión de la fe. Esa conciencia debe desembocar en una corresponsabilidad en su supervivencia, su sostenibilidad y más aún, en su desarrollo y crecimiento.

2. ESCUELAS CATÓLICAS DE NO CÁTOLICOS: EVANGELIZAR PARA LA NO PERTENENCIA

La evangelización es una preocupación prioritaria en la vida de cada escuela católica, y es la clave de su identidad. El Proyecto Educativo, por lo tanto, tiene que articular la relación entre los distintos ámbitos y espacios educativos para que se complementen de forma coherente y contribuyan a educar el estilo de vida personal que el Evangelio propone. Pero la realidad sociológica es que, junto a la secularización patente, la vinculación real a las comunidades cristianas, y a las parroquias especialmente, se ha debilitado profundamente, especialmente en las zonas urbanas. Las divisiones de territorialidad son más administrativas que eclesiales, y la movilidad y la cultura del fin de semana han alterado la pertenencia de los creyentes, que es más nominal que efectiva en muchos casos. La sana, generosa y activa colaboración entre todos es imprescindible, y la escuela debe preocuparse para dar a conocer y facilitar la vinculación a la vida cristiana adulta, que ya no se dará bajo su techo, sino a través de lazos y nuevas formas de pertenencia que las comunidades adultas tendrán que ofrecer. Esa pertenencia que, en el mejor de los casos, será intermitente, con un componente virtual y una vinculación circunstancial para muchos de los jóvenes que marchan ya de nuestras aulas. Pero eso es también un desafío de la misma esencia de 'catolicidad' de nuestra misión. Cómo traducimos la plenitud del Evangelio a lenguajes comprensibles y asumibles a los que nunca serán de 'los nuestros'. Entre esos lenguajes tendremos que encontrar los que iluminen ese incierto mundo digital. La evangelización siempre es un diálogo desde el respeto profundo a la libertad del otro para acoger o rechazar la invitación a dejarse seducir por Él, que sale al encuentro... Ese diálogo hoy se da ad-extra, con los de fuera, pero también hacia el interior de aquellos que en nuestras comunidades educativas se sitúan al margen de la experiencia cristiana. Y esto no resta valor a lo que hacemos ni amenaza nuestra identidad, simplemente nos exige una fidelidad creativa y confianza mutua entre aquellos que sí viven y dan un testimonio vibrante de su comunión eclesial dentro de nuestras comunidades educativas. Ya no podemos decir que toda la escuela hace pastoral, al menos en el sentido explícito de la palabra, sino que necesitamos cuidar la semilla de vida comunitaria y fe compartida que exista en las escuelas, ofreciendo cauces de formación, acompañamiento y enriquecimiento espiritual para aquellos que asuman la misión de la evangelización explícita de los alumnos. Y a la vez alegrarnos de todos los frutos que el Evangelio producirá en las vidas de los que nunca vendrán a nuestros templos.

De nuestras escuelas saldrán multitudes de no creyentes que habrán visto fructificar el Evangelio en sus vidas en sus opciones éticas y profesionales, en sus vinculaciones emocionales y calidad personal, aunque nunca lleguen a confesarse partícipes de la fe que lo ha hecho posible. Y nuestras mismas escuelas serán referentes para muchas otras que no son católicas pero que aprenden de y con nosotros y eso revierte en la mejora para todo su alumnado. Más allá de competir queremos compartir. Porque como Iglesia nos importa la educación de todos los niños y adolescentes de este país, no sólo de 'los nuestros'. Es una nueva manifestación del viejo concepto teológico de la salvación universal. Y eso hace fuerte nuestra identidad católica y sigue dando sentido a nuestro trabajo, que es nuestra vocación y misión.